

DE DOS O TRES HERESIARCAS



Marcelo Abadi

¿Qué edad tendría el heresiarca de Uqbar cuando condenaba los transportes más dulces y las imágenes más inocentes? ¿Cómo sería su cuerpo, su rostro, su andar? Se puede imaginar que era mayor que el Bioy del cuento y aun que el Borges; pero menor que el padre de éste y su amigo Herbert Ashe. Un aire adusto, y sin embargo atractivo. En todo caso, él hablaba a cara descubierta, sin velo ni máscara alguna. Y si hubiera sido de aspecto desagradable, sus declaraciones habrían causado pena o risa; nadie las habría entendido más que como una muestra de impotencia.

No ha de ser casual que “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” omita proveer de rasgos físicos a los pobladores de las zonas que reseña, aun a los herejes más notorios. El primero es recordado por una sentencia; el segundo, por un sofisma. Y si (como sospechamos) hay un tercero, sólo se revela, por así decirlo, en filigrana.

El heresiarca de Uqbar aparece en la primera página de *Ficciones*. Es el que, según Bioy Casares (“un tal Adolfo Bioy Casares”, dice Sebald, cuando relata el episodio de Ramos Mejía), pronunció aquella sentencia, acaso más refulgente que profunda, pero en todo caso imposible de olvidar: “los espejos y la cópula (*copulation and mirrors*, había recordado Bioy) son abominables, porque multiplican el número de los hombres”. El universo, sostenía el gnóstico, es una ilusión que no debe ser reproducida, un sofisma que no debe divulgarse.

¿Cuál era la doctrina dominante a la que se oponía el heresiarca? Se sabe que la literatura de su vago territorio era de carácter fantástico, que allí las leyendas y epopeyas versaban sobre regiones imaginarias, una de las cuales era llamada Tlön. Pero se apresuran quienes interpretan que la inclinación por un arte alejado de la realidad implicara un idealismo sistemático. Ni siquiera lo implicaría el hecho de que Uqbar era un país imaginario. Bien podría haber sido concebido idealista en materia artística pero habitado por un pueblo hiperrealista, adorador de los mundos sensibles u oníricos, en un país de desenfreno en el que, mientras “procrean los caballos salvajes”, los humanos saludan viciosamente a sus dobles en los espejos y se abandonan al vértigo fornicador sin preocuparse por las consecuencias demográficas de sus impulsos.

El heresiarca se limita –no es que sea poca cosa- a repudiar ese vértigo y aquella reproducción especular. Su sentencia, afilada y perspectiva, equipara a los hombres con meras imágenes visuales.

Los reflejos especulares no tienen volumen ni consistencia; no poseen movimiento propio. Sólo se ven. Son menos que un muñeco y mucho menos que el muñeco de aquel rabino de Praga. Que el hombre es una ilusión, y que más vale terminar con su historia falaz, eso es lo que está diciendo el melancólico varón de Uqbar; de acuerdo con su sentencia, somos un oxímoron viviente, una *realidad imaginaria*. Bidimensional o tridimensional, poco importa.

En la narración, pronto aparece un segundo hereje, mucho más normal a los ojos del lector que a los de sus compatriotas. Vive en Tlön, que asciende, de región de país falso, a entero planeta. Las naciones de este planeta, sí son “congénitamente” idealistas. Para los tlönianos no hay materia, no hay sustancia, no hay espacio; sólo tiempo, sucesión, y eso con suerte; sólo palabras, y ni siquiera sustantivos. Los naturales de Tlön viven en un mundo sin causalidad, sin necesidad. Cualquier cosa puede suceder; todo puede desaparecer. Un mundo de Hume, digamos, pero de un Hume extremado, un Hume que ni siquiera supone esas costumbres que, a falta de causalidad, permiten relacionar entre sí los fenómenos de la naturaleza.

¿Qué sostendrá el herético de un tal planeta? Resulta claro que en Tlön, para ser tomado por heresiarca hay que hacer un esfuerzo casi *contra natura* y profesar el materialismo, una doctrina que es dema-

siado sutil para el vulgo. Indiferente a la abominación o a la celebración de la cópula y los espejos, este audaz pensador del siglo XI (que en el sistema duodecimal de Tlön no es el undécimo de nuestra era), escandaliza con lucubraciones inauditas. Da por sentado que hay una realidad exterior, que las cosas son, aun cuando nadie las vea; conjetura que aquellas nueve monedas perdidas un martes y vistas ya avanzada la semana son las mismas monedas, que continuaron existiendo sin que nadie las estuviera viendo o pensando. Pobre heresiarca. Quizás toda su vida sólo quiso decir eso, y nadie lo comprendió.

Cien años después (cien años de Tlön) surge un pensador, “no menos brillante que el heresiarca, pero de tradición ortodoxa”, una tradición con escasas vertientes.

¿Qué afirma el tlöniano brillante pero de tradición ortodoxa? Formula una idea feliz, una idea que permite evitar el solipsismo, fundar psicológicamente las ciencias y mantener la religión. Tan feliz es esta idea, que muchos siglos después se la podrá encontrar en los textos de un “lúcido y apasionado” filósofo alemán. Borges la designa como “panteísmo idealista”. Consiste en asegurar que hay un solo sujeto que es al mismo tiempo todos los seres del Universo. No es la menor de las ventajas de esta doctrina la de disipar la paradoja de las nueve monedas: Z descubre unas monedas porque recuerda que se le perdieron a X. Claro: X es Z. Es también, por si hiciera falta, Y.

Como se sabe, un escritor ilustre del siglo XX (según el sistema decimal) hizo un uso tan intensivo como eficaz de estas imprevistas identificaciones. El lector recuerda sin duda a Aureliano y Juan de Panonia, los pájaros y el Simurg, Cruz y Fierro, guerreros y cautivas, traidores y héroes. Hay que reconocer, en cambio, que esta doctrina, servicial en la resolución de ficciones, es de empleo mucho más aventurado en filosofía. Y si bien registra adeptos ilustres, constituye, para decirlo con brevedad, un delirio metafísico. A sus seguidores, Leibniz los llamó “monopsiquistas” (*monopsychites*); mencionó entre ellos desde sabios persas hasta cabalistas y místicos, por ejemplo Angelus Silesius.

Por cierto, el narrador, a esta altura, ya explicó el origen de su información sobre Tlön. La fuente (involuntaria) fue un ingeniero inglés retirado de los ferrocarriles del Sur, Herbert Ashe, amigo del

padre del propio narrador. Esos dos hombres, Ashe y Borges padre, habían trabado una muy poco conversada amistad y se acompañaban taciturnos jugando horas al ajedrez en el hotel de Adrogué (*of all places!*).

Ashe muere de la rotura de un aneurisma cerebral. (El padre de Borges, en la realidad, digamos, también tuvo esa muerte, si es lícita la referencia.) Unos días antes de morir, el inglés había recibido en el hotel un paquete sellado y certificado. Provenía del Brasil y traía un libro. El narrador, meses después, lo encuentra abandonado en el bar. Con o sin derecho, hojea el volumen ajeno y casi en trance advierte que versa sobre Tlön, mejor dicho que es *The First Encyclopedia of Tlön*. En su portada se leía el nombre de *Orbis Tertius*, un tercer mundo, no el que la Argentina dejó atrás al pasar al primero, sino un mundo que miembros bien intencionados de una dispersa sociedad secreta, y luego los por ellos designados para continuar la obra, venían configurando desde hacía siglos. ¿Su material? Esas palabras, todas las palabras y todos los nombres de Tlön explicados provisoriamente en inglés.

En rigor, Tlön no podría producir, fabricar, una enciclopedia, los lomos, el papel, la tinta. Este volumen sería, digamos, la metáfora de una enciclopedia sin soporte material, una enciclopedia creada para pulular en las mentes de las personas, para ser esas mentes, esas infatigables mentes *verbeantes* del hemisferio austral y *poli-adjetivantes* del boreal.

En vida, había anotado la narración de Borges, el ingeniero “padeció de irrealidad”. He aquí que, muerto, se descubre que fue nada menos que uno de los conjurados, uno de los miembros secretos del proyecto *Orbis Tertius*, como lo indicaba claramente el hecho de que había recibido en Adrogué este tomo extraordinario. Ashe, el fantasmal inglés, formaba parte de una sociedad capaz de *irrealizar* nuestro mundo, de quitarnos la tierra de debajo de los pies.

Pronto, en esta tierra, comienzan a producirse hechos ominosos. Comienzan a irrumpir entre nosotros objetos del planeta inventado. Como en un sueño, nos asaltan, nos atrapan, nos confunden. Una tarde es una brújula con inscripciones en caracteres tlönianos; una mañana, un cono de dimensiones reducidas pero peso enorme. Y son sólo los primeros signos del fin.

Como se sabe, la proliferación de lo real es difícilmente manejable, aun en una fracción reducida de espacio; la multiplicación de los entes ideales no es menos abrumadora, y ni qué hablar de aquélla a la que se suman objetos emitidos por el temor o la esperanza. A esta proliferación nos estaríamos enfrentando, siente el narrador. Ha comenzado la intrusión de Tlön en este mundo que, amáramos o detestáramos, teníamos por nuestro. Todo indica que la invasión no cesará. Se avecina la derrota total en la confrontación con un planeta imaginario que va desplazando nuestras ciencias, los idiomas, los hábitos, el saber entero. Como un cáncer, avanza día a día y pronto no nos quedará la memoria de haber sido ni, como decía el otro, “el dolor de ya no ser.”

Ashe, el fantasmal, el irreal ingeniero, era un demiurgo. Callado, contribuía a forjar el planeta fantástico que ahora estaba sustituyendo a lo que llamábamos la realidad. Bien poco firme debía ser ella, es cierto, y plagada de fallas, puesto que bastó una enciclopedia para empezar a borrarla.

¿Y esa tímida sombra con la que el británico se sentaba gentilmente, tablero de ajedrez por medio? ¿Tú también, padre? Los ilimitados libros ingleses, las enciclopedias, las aporías y los poemas, ¿toda esa felicidad fue de juguetería, o fui yo un juguete, un decepcionante juguete?

¿Cuánto habrá sabido, cuánto habrá intuido el amigo de Ashe? ¿Y dónde están los restos del inglés? Si fueron cremados, ¿quién guardó las cenizas? (*Ashes* significa cenizas, apuntó ya algún intérprete.)

Sebald, después de una temporada de hospital, hace unos diez años, se manifiesta deslumbrado por Thomas Browne, aquel médico inglés del siglo XVII que, según anota, escribió con una prosa extraordinaria, entre otros textos, un libro sobre las vasijas de las urnas funerarias que encontró apenas unos pies bajo tierra en la zona de Norfolk y Norwich, en la costa Este inglesa, esa zona por la cual ahora él había caminado hasta el agotamiento.

Browne desenterró gran cantidad de vestigios de quienes, antes del cristianismo y aún durante el cristianismo, fueron incinerados. Según él (en frase no citada ni por Sebald ni por Borges), “quien tiene las cenizas de su amigo, posee un tesoro duradero.” ¿Y si un tal tesoro hubiera recaído en Borges padre?

Ese montón de huesos y cenizas es tal vez el objeto de la búsqueda del narrador. Quiere asegurarse de que no esté cerca, de que no lo contamine. Se ha sentido él también, como Herbert Ashe, fantasmal y menguante. Su destino fueron las letras; su deleite, las vastas enciclopedias. Pero advierte que las palabras construyen palacios inhabitables, descubre que enciclopedias inventadas y traficadas manejan a aquellos que creen manejarlas. ¿Cómo liberarse? Por el silencio, como Tzinacán. O por la muerte, que también conocerá Tzinacán. Quizás una muerte atropellada como la de Asterión, o la soñada por Dahlmann, o la calculada por Lönnrot en Triste-le-Roy, quién sabe si valiente o cobarde. (O la muerte que dicen que el autor de *Tlön* planeó para sí cuando, unos años antes de escribir esta ficción, tomó en el hotel de Adrogué una habitación a la que llevó un revólver que no se animó a disparar).

El relato da, en el último párrafo, un giro brusco. Su autor se ha desinteresado de las evidencias de penetración de Tlön, ha dejado de estremecerse por el fin de nuestro mundo y emprende, en el hotel de Adrogué, la traducción a un español quevediano, dice, del *Urn Burial* de Thomas Browne, una traducción que no piensa dar a la imprenta. (¿Para qué la publicaría, preguntará bien Efraín Kristal, si el español está, como los otros idiomas de la tierra, en proceso de desaparición?)

De todos modos, ya sabe este traductor que él no podrá salir del encierro de letras al que fue arrojado por su propio padre y el inglés Ashe. Será, en el laberinto, un heresiarca de tradición ortodoxa, o un ortodoxo de tradición heresiarca. Denunciará las grietas, explorará los límites, pondrá a prueba los muros, cavará túneles en busca de la luz. Mezclará los géneros, combinará “el álgebra y el fuego”, el caos y el cosmos.

Lo más alto, había anotado en “Llaneza”, no es la fama, “sino sencillamente ser admitidos/como parte de una Realidad innegable,/como las piedras y los árboles.” Decir que finalmente llegó a esa realidad por la vía de las palabras, las palabras de los queridos volúmenes de la biblioteca paterna.

Marcelo Abadi
Buenos Aires

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis. *Obras completas* [OC], 4 vol. Barcelona: Emecé, 1989-1996.
- Brown, Thomas. *The Religio Medici and Other Writings*. London: Dent & Sons, 1947.
- Echavarría, Arturo. *Lengua y literatura en Borges*. Barcelona: Ariel, 1983.
- Kristal, Efraín. *Invisible Work, Borges and Translation*, Nashville: Vanderbilt University Press, 2002.
- Leibniz, G.W. *Essais de Théodicée*. Paris: Garnier-Flammarion, 1969.
- Nuño, Juan. *La filosofía de Borges*. México: Fondo de cultura económica, 1987.
- Sebald, W.G. *Los anillos de Saturno*. Madrid: Debate, 2000. (Original: *Die Ringe des Saturn*, Frankfurt: Eichborn, 1995).

